

El enfermo imaginado. Lecturas incurables en Enrique Vila-Matas

María Martha Gigena

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

A partir de 1985, Enrique Vila-Matas ha publicado una serie de textos en los que las figuraciones de la lectura y la escritura son un modo de problematizar la construcción de la primera persona, estableciéndose de esta manera como parte de un conjunto de escritores (Bolaño, Pitol, Libertella, Piglia, Pauls) que, por su sola inclusión, puede ser designado como “hispanoamericano”.

En algunos textos de Vila-Matas, la cuestión de un Yo que se constituye a partir de desajustes del pacto mimético privilegia el vínculo con la literatura en términos de enfermedad. El diagnóstico y el tratamiento de semejante mal circulan alrededor de una sintomatología en la que se entrecruzan: la larga tradición del lector devorado por su enfermedad, la conformación de la propia figura de escritor, y la construcción de un canon personal que –en un gesto de autoreflexividad– redefine el linaje al cual pertenece.

Hay que ir hacia una literatura acorde con el espíritu del tiempo, una literatura mixta, mestiza, donde los límites se confundan y la realidad pueda bailar en la frontera con lo ficticio, y el ritmo borre esa frontera.

Enrique Vila-Matas,

Discurso de aceptación del premio Rómulo Gallegos, 2006

El diagnóstico y el tratamiento de semejante mal circulan alrededor de una sintomatología en la que se entrecruzan la larga tradición del lector devorado por su enfermedad, pero también otros tópicos sobre los que Vila-Matas vuelve en sus textos: la relación entre arte y vida, deudora de las vanguardias históricas; la desaparición del sujeto en la escritura y la disolución de los géneros en pos de una concepción de lo literario que apuesta a la hibridación.

El uso del término autoficción, al margen de las variantes más minuciosas con las que se lo aborda, ha sido utilizado para agrupar textos que, constituidos alrededor de un dispositivo narrativo en el que coinciden nombre del autor, del narrador y del protagonista, se nombran a sí mismos dentro de algún género considerado *ficcional* (y más a menudo, específicamente novelístico). La importancia del nombre, sin embargo, debe ser relativizada, en función de que se puede construir la referencia con respecto a esa correspondencia autor/narrador/personaje sin necesidad de que sea el nombre evidente lo que los vincule.

Se ha dicho también, con respecto a la autoficción, que esta propone un tipo de lectura ambigua, en la que el límite entre lo ficticio y lo verdadero no existe y ambos se juegan simultáneamente. Sin embargo, aunque la clasificación puede ser funcional y operativa, no es necesario suscribir a ese término sin por lo menos decir que lo fundamental es que en la autoficción se manifiesta con plena conciencia el carácter ficcional del yo, lo que neutraliza desde el vamos la idea siquiera de posibilidad de verdad o exhibición de la experiencia *real*. En este sentido, el término agrupa a un conjunto de textos que, en todo caso, *explicitan* y se sirven de procedimientos mucho más antiguos que la denominación que hoy los reúne. Los textos llamados de autoficción se distinguen, a lo sumo, por la plena exhibición de ese carácter ficcional y el privilegio evidente del yo como muestra de esa condición.

Si bien puede acordarse con la noción de que la autoficción –desde la perspectiva de la pertenencia genérica– se plantea como una vacilación interpretativa, lo fundamental es que muestra la condición de constructo ficcional de cualquier relato, poniéndola en el centro de la escena. Así como puede suscribirse que no hay marcas intratextuales que permitan distinguir el relato autobiográfico de una autoficción, es necesario decir que esta se construye a partir de la exhibición de la imposibilidad de la representación fidedigna y, por lo tanto, en lugar de querer suturar esa brecha, la exhibe como condición de la escritura.

Enrique Vila Matas ha construido buena parte de sus textos en concordancia con esa convicción acerca del carácter ontológicamente ficcional de todo relato y de la utilización de la primera persona como modo de acentuar esa condición, dada precisamente por la legitimidad del yo que se narra a sí mismo tensando la cuerda entre la ficción y la referencialidad “constatable” con el mundo. Estas cuestiones, que pueden leerse en textos como *Lejos de Veracruz*, *Bartleby* y *Compañía*, y otros, cobran cierta singularidad en *El mal de Montano*.

En el caso de este texto, la veracidad de lo narrado se va poniendo en duda dentro del texto mismo, develando el engaño de un fragmento a otro, pero exhibiendo también que esa impostura es el único modo posible de lo literario. En *El mal de Montano*, Vila-Matas devela en el texto mismo el artefacto con el que se construye ese verosímil, desnudando la credulidad del lector acerca de lo ya leído a medida que avanza la acción y construyendo un modelo de narración que apunta, en definitiva, a fomentar la incertidumbre. En esa exhibición dentro del texto de la metamorfosis de los materiales y del continuo desplazamiento de lo que se presentaba como verosímil hasta unas páginas antes, Vila-Matas no escribe una preceptiva o una teoría estética de la propia obra, sino que se va conformando una teoría de lo ficcional a través de la propia escritura ficcional.

Es posible decir, a partir de este texto que lo evidencia muy palpablemente pero con numerosos ejemplos en su obra, que la literatura de Vila-Matas está *hecha de literatura*, y que particularmente la literatura está a menudo caracterizada como enfermedad. Esto incluye tanto la lectura como la escritura, ya que ambas, como elementos inseparables una de la otra, están vinculadas a lo literario y ambas son pasiones u obsesiones que consumen al sujeto que las padece.

La sostenida tradición de los lectores afectados por la literatura implica una “patología” caracterizada por la imposibilidad de distinguir realidad de ficción, tal como ha planteado Karin Littau en *Teorías de la lectura*. Pero si, como menciona Littau retomando a Barthes, la novela modernista es una novela “para escritores” (2008: 125), Vila-Matas construye desde esa perspectiva una novela para escritores que solo pueden ser tales en cuanto lectores, y que además hacen de la enfermedad literaria su razón de ser y su motivación para la escritura.

En este sentido planteado por Littau, la autoficción es modernista, por decirlo en resumidas cuentas, y en el caso de Vila-Matas se desnudan los mecanismos de construcción del verosímil, es decir del artefacto literario. Y, sin embargo, sus textos hablan de lectores/escritores que no puede distinguir tampoco la realidad de la ficción, pero no en el sentido de inmersión en la letra y abandono del mundo, sino como sujetos que solo pueden ver el mundo *a través* de la literatura, y en cierto modo, aunque sea un matiz, son también víctimas de una patología en la que realidad y ficción pueden ser lo mismo.

Si puede decirse que “con las ficciones experimentales del siglo XX se terminó el consumo pasivo y con él todo lo que lo acompañaba: sensaciones, adicción y contaminación ponzoñosa” (Littau 2008: 127), con *El mal de Montano*, Vila-Matas dice que no es así, que la literatura sigue produciendo esos efectos, y evidencia la posible combinatoria entre la distancia que parecía ser condición de la “novela para escritores” con la posibilidad de inmersión de la “novela para lectores”. Y, a partir de ello, en un juego de puestas en abismo sucesivas, expone el mecanismo constructivo en el que mostrar esa enfermedad literaria es a su vez lo que da fundamento a la autoficción.

En este sentido, como ha dicho Pozuelo Yvancos, la literatura en Vila-Matas funciona como *pharmakon*, es decir, medicina y veneno a la vez (2007: 269). O, como dice el narrador de la segunda parte de *El mal de Montano*, “No hay mejor forma de librarse de una obsesión que escribir sobre ella” (2002: 117). Esta afirmación expone de alguna manera la condición abismal y el dispositivo de fuga permanente con el cual trabaja Vila-Matas, combinando aquellas concepciones de la relación entre lenguaje y mundo que aparecen resumidas (con los riesgos de todo resumen) en el término autoficción y la obsesión por la literatura sufrida y dicha en primera persona.

De esta forma, textos como *El mal de Montano*, *Bartleby* y *Compañía* y de manera más sesgada *Doctor Pasavento* y *París no se acaba nunca* se construyen a partir de un dispositivo de fuga permanente de cualquier centro.

Con la enfermedad de la literatura (el mal de Montano, precisamente) como recurrencia, Vila-Matas construye en ese texto una continuidad de puestas en abismo. En la segunda parte de *El mal de Montano*, el narrador se hace lector de la primera, además de escribirla, y obliga a su vez al lector a reposicionarse en cuanto a dos cuestiones fundamentales: la definición de género (y por lo tanto el protocolo de lectura que eso implica) y la noción de verdad, encomendando paradójicamente “al dios de la Veracidad” (2002: 108) este texto que lleva el título de “Diccionario del tímido amor a la vida”.

Por un lado, la utilización del comentario sobre los diarios de escritores le permite a Rosario Gironde, el narrador, tratar de construir también fragmentariamente un relato sobre su propia existencia que, se sospecha, puede ser siempre revertido o desplazado. Por otra parte, se suceden las marcas en las que una y otra vez aparecen los desvíos de la supuesta verdad, volviendo explícitamente al texto una suerte de teoría acerca de la ficción en la que las puestas en abismo plantean, condensadamente, una construcción especular interminable.

Esta construcción evidencia particularmente la falta de un centro, y ese continuo desplazamiento exhibe una idea acerca de la verdad que es en realidad la convicción de su imposibilidad de existencia, particularmente como fenómeno textual. De alguna manera, en ese despliegue argumental que es una manera de decir “escribo que escribo que estoy escribiendo” (o tal vez leyendo), el fraude y la falsedad se muestran como la única manera posible de la narración.

Ahora bien, a lo largo de sus textos, con su literatura hecha de literatura, con sus desplazamientos por los géneros, Vila-Matas convoca una fraternidad de enfermos del mal de la literatura. Y en esa fraternidad, la cura, aún a pesar del sufrimiento de esa dolencia, es precisamente la profundización del mal. Es decir: la tensión entre arte/vida es uno de los fundamentos de la autoficción, en tanto que lo que ponen en entredicho este concepto y el conjunto de textos que pueden reunirse bajo esa denominación, son los límites de esos términos que, para *El mal de Montano*, pueden traducirse en la dicotomía escritura/vida. En este sentido, aquellos que podríamos entender como los rasgos autoficcionales de la escritura de Vila-Matas son la evidencia de un programa estético vinculado a la continua reflexión sobre los límites de esos dos términos y, por consiguiente, sobre los límites de la representación.

Ahora bien, en sus textos, los considerados ficcionales y también los artículos ensayísticos e incluso entrevistas, Vila-Matas vuelve sobre la cuestión de los límites, sobre el estar dentro o fuera de la vida. En *Lejos de Veracruz* se dice, por ejemplo, paradójicamente, que la pura vida no tiene sentido sin la escritura, pero escribir no es una vida. Está tensión que Vila-Matas ha mencionado como una tensión entre “vivir y significar”, aparece en *El mal de Montano* bajo la formulación de que “la literatura me ha permitido siempre comprender la vida. Pero precisamente por eso me deja fuera de ella” (2002: 278).

La escritura se configura, entonces, como un modo especial de la vida pero, al mismo tiempo, la deja afuera; o por lo menos deja afuera a algún modo específico de la vida. Sin embargo, es posible preguntarse ya no ¿de qué lado está el narrador, personaje, sujeto de la escri-

tura y sujeto que escribe?, sino ¿de qué lado está la literatura?, ¿dentro o fuera de la vida?

A lo largo de los textos que hemos mencionado, Vila-Matas parece plantear que tal vez el problema es concebir esa dicotomía, y que tal vez la literatura es la vida en tanto fundamento de la existencia, enfermedad crónica pero necesaria, que constituye la vida al narrarla: aceptar la enfermedad es una forma de poder negociar estas relaciones extrañas entre literatura/escritura y vida. De esta manera, la oposición entre vida y escritura termina no siendo tal, y es allí donde probablemente se adviertan también algunos de los vínculos de Vila-Matas con la vanguardia, aunque ese análisis excede las posibilidades de extensión de este trabajo.

En definitiva, si bien por un lado Vila-Matas dice en su texto *Por qué escribo* que sabía que lo “esperaban aventuras, pero más del lado de la literatura que de la vida”, lo cierto es que lo que sus textos van disolviendo es la idea de una “vida auténtica” y por consiguiente también la posibilidad de distinguirla tanto de la narración que le da forma como de la escritura a la cual supuestamente se le opone.

Dado que esa “vida auténtica” en realidad no existe, de un modo en el que nos hace volver sobre las incertidumbres a las que apuesta la autoficción, Vila-Matas afirma que

ser escritor, cuando ya se sabe escribir, es convertirse en un extraño, en un extranjero: tienes que empezar a traducirte a ti mismo. Escribir es hacerse pasar por otro, escribir es dejar de ser escritor o de querer parecerte a Mastroianni para simplemente *escribir*, escribir lo que escribirías si escribieras. Es algo terrible pero que recomiendo a todo el mundo, porque escribir es corregir la vida -aunque solo corrijamos una sola coma al día. (2006)

En este sentido, la autoficción funciona como una manera de resolver la relación escritura/vida como dicotomía para, en realidad, entender la escritura y la literatura que la enmarca como una manera de la vida, aunque sea patológica. Esto es, porque al entender en los textos de Vila-Matas la literatura como enfermedad, su inclusión dentro de lo que puede denominarse “autoficción”, implica que no se narra simplemente una enfermedad, sino que la escritura es parte de la sintomatología de una enfermedad que en un sentido amplio abarca esa misma escritura y su correlato en la lectura.

Lo paradójico es que la escritura, que desde una perspectiva aleja de la vida (de un modo de vida, al menos, vinculado a una supuesta experiencia “real” no interpretada a través del saber literario) se vuelve en realidad, o es, la forma misma de la existencia. Por esta razón, la diferenciación entre escritura y vida ya no tiene razón de ser, puesto que esta última no se puede concebir separada de la literatura (es decir, de la enfermedad que se entiende como tal y de la cual habría que curarse) porque es el fundamento mismo de la existencia. Curarse, planteada esta fusión, es de alguna manera morir.

Bibliografía

- Littau, Karin. 2008. *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires, Manantial.
- Pozuelo Yvancos, José María. 2007. “Enfermo de literatura”, en *Vila-Matas portátil. Un escritor ante la crítica*. Barcelona, Candaya.
- Vila-Matas, Enrique. 1995. *Lejos de Veracruz*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- , 2000. *Bartleby y Compañía*. Barcelona, Anagrama.
- , 2002. *El mal de Montano*. Barcelona, Anagrama.
- , 2003. *París no se acaba nunca*. Barcelona, Anagrama.
- , 2005. *Doctor Pasavento*. Barcelona, Anagrama.
- , 2006. “Por qué escribo”, *Barcelona Review*, http://www.barcelonareview.com/23/s_escribir.htm

MARÍA MARTHA GIGENA ES LICENCIADA EN LETRAS POR LA UBA Y PARTICIPÓ COMO DOCENTE EN LA CÁTEDRA DE LITERATURA LATINOAMERICANA II DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE ESA UNIVERSIDAD. ES BECARIA DE DOCTORADO DE LA MISMA INSTITUCIÓN CON UN PROYECTO DE TESIS TITULADO “FIGURACIONES DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA EN LAS TEXTUALIDADES DE SERGIO PITOL, ENRIQUE VILAMATAS Y ROBERTO BOLAÑO. DE LA AUTOREFERENCIA A LA POLÉMICA.”